

y del material necesario para echar puentes, allanar caminos y talar bosques. De las ofrendas de los que no podían tomar las armas se formó una caja común, y Luis VII hizo empréstitos con los judíos, al mismo tiempo que impuso contribuciones al clero, cuya conducta fué imitada por los demás soberanos.

Conrado fué el que primero se puso en marcha con setenta mil caballos coraceros, sin contar la caballería ligera, la infantería, las mujeres y la multitud que seguía sin orden. Cuando llegó á Tracia este ejército, el emperador Manuel Comneno, vacilando en su política y espantado de los excesos cometidos por los primeros cruzados, se figuró que éstos proyectaban destruir su imperio, de acuerdo con Rogerio de Sicilia que acababa de atacarle. Recurrió, pues, al ardid de negarles los viveres para destruirlos, haciendo que á su aproximación se cerrasen las puertas de las ciudades, y echándoles por las murallas, en canastos, las provisiones necesarias después de haberlas pagado; en cuyo comercio procuraron engañarse mutuamente, mezclando los unos cal en la harina y pagando los otros con moneda falsa. Algunos destacamentos fueron también extraviados por culpa de los guías falsos, y cualquiera que se apartaba de las filas ó se quedaba rezagado, era al punto asesinado por los habitantes del país.

Si la longanimidad alemana sufrió con paciencia tales afrentas, no sucedió lo mismo con los franceses que siguieron poco después con la oriflama. El emperador les había enviado embajadores que hablaron al rey con la rodilla en tierra, y él mismo acogió á Luis con la mayor magnificencia; pero al mismo tiempo mantenía relaciones con el soldan de Iconium para informarle de todos los movimientos de los cruzados con la intención de cogerlos entre dos fuegos «á fin de que una derrota de eterna memoria alejase á sus descendientes de las tierras del imperio.»

A semejantes agravios se unían también varias quejas acerca del ceremonial. Por una parte Conrado, como emperador de Occidente no quiso avistarse con Manuel sino á cielo raso y á caballo; por otra Luis no se dignó pronunciar ni una palabra porque se le había designado un taburete al lado del trono imperial. Las

querellas continuas llegaron hasta el punto que los franceses pensaron un momento en ocupar á Constantinopla, destruyendo un imperio que cometía el doble error de no saber conservar las cosas antiguas, y de oponerse á las ideas nuevas. La mayoría, sin embargo, fué del dictamen de los más dulces de corazón, que repetían sin cesar que habían venido para expiar sus pecados y no para castigar los de otros.

Entre tanto se recibió la noticia de que Conrado que iba de vanguardia, había sido conducido por guías pérfidos á unos estrechos desfiladeros, de los cuales pudo salir á duras penas con siete mil hombres después de una sangrienta derrota. Se reunió con el rey de Francia en Nicea acompañado de los restos de su ejército, y habiéndole advertido los riesgos que le amenazaban, volvió á Constantinopla, sonrojado de ir formando, al parecer, parte del séquito de un rey. Apenas atravesaron el Meandro los franceses, fueron cercados por los turcos que les causaron una pérdida considerable, viéndose el mismo Luis en peligro de perder la vida. Y sin embargo, no era el enemigo lo más difícil de resistir; sino la carestía, la peste y las emboscadas de los griegos, contra las cuales de nada servía el valor; así fué que indignándose muchos al ver que la divina misericordia dejaba perecer sin asistencia á tantos caballeros ilustres, renegaron, llenos de desesperación, del Dios que los abandonaba. Habiéndose embarcado Luis en Atalía para ir á Antioquía, trató con el gobierno griego para poder conducir hasta allí su infantería por tierra; pero los griegos la vendieron á los turcos que la obligaron á perecer de hambre.

Sólo reunió Luis en Antioquía la cuarta parte del ejército que había llevado á Oriente, mas no por eso dejó de dar en esta ciudad fiestas y espléndidos torneos, en honor principalmente de Eleonora de Guena su esposa, sobrina de Raimundo de Poitiers, príncipe de Antioquía. Esta princesa, muy instruida para su tiempo y de un carácter ligero y galante, no respiraba más que el fausto y los placeres, hasta tal punto, que por satisfacer este vehemente deseo, hubiera abandonado de buen grado al rey que se vió obligado á llevarla consigo.

Llegaron juntos á Jerusalem al mismo tiem-

po que Conrado, que había desembarcado en San Juan de Acre. Los dos monarcas olvidaron sus cuestiones de etiqueta y sus duras fatigas sobre el Sepulcro de Jesucristo, para confundirse en un mismo sentimiento de devoción y para pensar en la común defensa. Reunidas sus fuerzas con las del rey Baudouino, pusieron sitio á Damasco, pero consejos pérfidos, y quizá la traición de los caballeros de Siria, hicieron fracasar la empresa, á pesar de los prodigios de valor por parte de Conrado y de otros guerreros.

Desmayaron entonces los cristianos y los infieles levantaron orgullosamente su frente. Luis fué hecho prisionero á su regreso por la flota griega que sitiaba á Corfú, que estaba en poder de los sicilianos; pero en el mismo instante, la armada de Rogerio de Sicilia se había adelantado hasta los muros de Constantinopla, lanzando flechas inflamadas hasta el palacio imperial. A su vuelta se encontró con los buques griegos y rescató al rey cautivo. Rogerio le hizo un recibimiento régio en la Brsilicata, y le proporcionó una escolta para volver á Francia.

Cuando se vió que los dos reyes más poderosos de la cristiandad volvían á sus estados sin más ventaja que la fama de valor y de paciencia que habían adquirido; cuando se vió hasta qué punto habían estado en peligro los dos reyes, agotados sus tesoros y huérfanas las familias más ilustres, se aumentó el crédito del abad de Suger, que había desaprobado la expedición, al mismo tiempo que se censuró á Bernardo el haber enviado doscientos mil hombres á perecer á Oriente, como si faltasen sepulcros en Europa.

El santo publicó entonces su apología, en la cual consignó que el mal éxito de la empresa había consistido en la inexperiencia de los generales, en la diferente naturaleza de los países, en la falta de disciplina, y sobre todo en la cólera de Dios, que rechazaba los instrumentos indignos de ejecutar sus decretos.

Nosotros que consideramos esta expedición bajo un punto de vista más elevado, y bajo el aspecto político, podemos señalar los motivos de un orden más humano. Los cristianos establecidos en la Siria habían perdido entonces el valor y la piedad desinteresada de los primeros

conquistadores, habiéndose unido á su nueva patria, adquiriendo propiedades, contrayendo matrimonios, y adoptando una parte del lenguaje de los indijenas. Algunos que llegaron pobres, se habían hecho ricos propietarios; los barones que en su patria no tenían ya más que su título de nobleza, se hallaban en posesión de fértiles dominios, y su común deseo era el de conservar por la paz lo que tenían, más bien que reponerse á las eventualidades de nuevos combates. Los *potros*, como se llamaban los latinos nacidos en Siria, componían una población afeminada, que gozaba de muy mala fama por su lujo, indolencia y envidia. Nada tenía de extraño que tales gentes no se descuidasen mucho de ir en auxilio de los cruzados y aun que los detuviesen en sus tentativas.

Sólo las órdenes militares conservaron su espíritu guerrero; pero llenas de orgullo por sus riquezas y por un valor, de que daban pruebas todos los días, tomaron celos de los señores de Occidente, y hubieran visto con disgusto sus victorias.

Además, aun cuando esta segunda expedición, hubiese sido conducida con más pericia militar, siempre hubiera prevalecido el entusiasmo sobre los consejos de la razón. La prudencia exigía no que se marchase solamente sobre Jerusalem, sino que se ocupasen en fundar colonias en toda la costa, según habían proyectado los italianos. Estos establecimientos hubieran ejercido también muchísima influencia en el porvenir de Europa, porque hubieran servido de barrera contra los turcos, que nunca hubiesen podido penetrar en Europa ni amenazar la Italia y la Alemania.

Para llegar á obtener este resultado habría sido preciso que el emperador griego entrase con franqueza y lealtad en la confederación europea. Pero unos celos sórdidos le mantuvieron separado, y lo convirtieron hasta en adversario de los cruzados. De aquí tuvieron su origen una multitud de acciones tortuosas y de traición soportadas por los franceses con una paciencia que puede muy bien ser alabada como virtud religiosa, pero no como una cualidad política.

A los inconvenientes que dejamos expuestos, es preciso añadir que, habiendo prohibido á los cruzados el concilio de Letran, el uso de la ba-

llega como demasiado mortífero, la infantería se hallaba casi desarmada, y persuadidos estos soldados de que apenas tendría que hacer otra cosa que allanar los caminos, vinieron la mayor parte armados únicamente de azadones; otro inconveniente era la multitud que seguía á retaguardia de la expedición y que sólo servía de estorbo, y finalmente las mujeres que aumentaban la corrupción, relajando los lazos de la disciplina. Así debía suceder á causa de la creencia general en que se estaba, de que bastaba tomar la cruz para que se borrasen todas las culpas; la espuma de los pecadores afluía, pues, á los campos, y las penitencias canónicas eran el único castigo aplicado á las violaciones de la disciplina. Convencidos los cruzados de la protección del cielo, descuidaban todos los recursos humanos, y después que su loca presunción se halla burlada, caían en un profundo abatimiento que llegaba hasta la apostasía.

Muy natural era que en unas expediciones emprendidas en nombre de la religión, tuviesen mucha parte en los consejos y en la dirección de las tropas los sacerdotes y los legados, y como su dictamen solía prevalecer sobre la experiencia de los caballeros, el resultado era con frecuencia funesto. De aquí nació también una intolerante repulsión para toda avenencia con los musulmanes, cuya conciliación hubiera sido muy ventajosa para llegar á consolidar la nueva colonia; también hubiese sido necesario por otra parte halagar entre los griegos aquella vanidad pueril que los hacía creerse superiores á los bárbaros de Occidente, porque conservaban los restos de una civilización decrepita.

Además, el sistema feudal llevado á Palestina, en lugar de fundar una fuerte unidad, había dado á la conquista un objeto y una dirección diferentes, hasta el punto que los que tenían una grande necesidad de permanecer unidos contra el enemigo común, hallándose divididos en intereses, se hacían á veces la guerra entre sí. Por último, ya no era el objeto único de estas expediciones armadas el de libertar á la Tierra Santa, sino en general la difusión del cristianismo. Así que, Enrique de Sajonia con una tropa de cruzados, fué á hacer la guerra á los idólatras del Báltico, obligándoles con la espada en la mano, á recibir el bautismo, del que renegaron tan pronto como

se alejó el enemigo. Otros, llevando á la cabeza á Alfonso de Borgoña, desembarcaron en las orillas del Tajo, socorrieron á los cristianos contra los moros y se apoderaron de Lisboa. Esta división en los esfuerzos disminuyó necesariamente su eficacia.

#### CAPÍTULO IV

El imperio — Enrique V. — Las investiduras.

Al frente del sistema feudal se hallaban el imperio y la Iglesia: la superioridad de ésta era más ideal que efectiva. La hemos visto elevada á su colmo por Gregorio VII, quien se aplicó á sustraer el poder eclesiástico de la dependencia de los príncipes, y á reunir en la mano de los pontífices la autoridad disminuida entre los individuos del alto clero. Hemos visto también en las guerras que engendró, la ejecución del primero de estos pensamientos. De aquí resultó que el emperador se halló combatido por el papa, que quería conservar y extender sus prerogativas, y por los grandes vasallos que aspiraban á restringir las prerogativas imperiales y hacerse independientes. Bajo los Othones y los emperadores de la casa de Franconia, en lo interior consistía la política en combatir las pretensiones de los barones tanto alemanes como italianos; en lo exterior, en tranquilizar á las fronteras de la Germania, sometiendo y convirtiendo á los eslavos y á los húngaros; en robustecer el poder imperial en Roma; en conquistar las provincias griegas de la Italia. Habiendo zozobrado las expediciones intentadas con este último objeto, resultó de aquí un notable debilitamiento para el poder germánico más allá de los Alpes. Luego la muerte prematura de Enrique III, la larga regencia y el medio siglo de borrascas sucesivas, dieron á los barones fuerza y osadía, é hicieron sus feudos hereditarios, usurparon los derechos de regalía, consolidaron su independencia territorial, poco diferente de la soberanía, y añadieron á su nombre el del castillo ó del país en que dominaban. Así se dividía la Alemania en pequeños estados mejor ó peor organizados. La corona imperial continuó electiva, aunque despojada de sus más ricas joyas. Los arzobispos de Maguncia, de Tréveris, de Colonia, se levantaron al nivel de los duques de Sajonia, de Baviera,

de Franconia, de Suabia, así como el conde Palatino. Los altos prelados se emanciparon de los *abogados*; los duques, de los condes palatinos; y en vez de luchar entre sí, como Othon se lo había imaginado, se dieron las manos para engrandecerse á costa del poder real.

El reino de Borgoña se extendía desde Basilea, por el territorio helvético y á lo largo del Ródano, á partir desde las montañas donde este río tiene su nacimiento hasta su embocadura; por el lado de Italia se adelantaba en el valle de Aosta hasta más arriba de Carena, y en lo demás tenía por límites las cumbres de los Alpes; su capital era Viena. Este Estado, formado por pueblos de origen y de idiomas diversos, con obispos y barones muy poderosos, no podía llegar á una unidad robusta. Cuando formó parte del imperio de Alemania en 1033, los pueblos que lo habitaban se habían acostumbrado ya á la independencia, con condes soberanos en la Provenza, en el Vienés, en el Lionés, en Borgoña y en otros puntos.

La alta nobleza, es decir, los marqueses, los duques, los condes palatinos, los landgraves y burgraves, condes y dinastas, dependían directamente del emperador. En la nobleza inferior quedaban comprendidos los hombres libres hacia tres generaciones. Se llamaba ministeriales á los que se ponían al servicio de algunos nobles de primera clase.

Mientras las guerras con los eslavos dieron importancia á la caballería, prevalecieron los nobles, porque solo ellos podían servir á caballo; en su consecuencia, exigían de los demás hombres libres de su distrito una retribución que se transformó en impuesto permanente para todo el que no llevaba las armas.

Pero cuando se hubo debilitado el poder real, el tercer Estado se sublevó también en Alemania, y Enrique IV por reconocimiento á las ciudades que le habían sido favorables en su cuestión con el papa, les concedió ciertos privilegios, declarando libres á los artesanos y negociantes, y confiriéndoles la plenitud de los derechos de ciudad. De esta manera se formaba un contrapeso al poder de los vasallos de la corona, sin que los obispos se engrandeciesen mucho, llenos de traba, como estaban, por los privilegios de las ciudades; después éstas, bajo el título de ciudades imperiales, es decir, de-

pendientes inmediatamente del jefe del imperio, se constituyeron en repúblicas.

No eran convocadas á las dietas en atención á que no se conocía, fuera de Italia, la costumbre de hacerse representar por diputados, y aunque todo ciudadano tenía derecho de intervenir en ellas, el gasto considerable de una traslación quitaba la idea del viaje. No se componía, pues, casi la asamblea sino de príncipes y grandes, por cuya razón se le daba el nombre de corte (*hofstag*).

Los que querían sustraerse á la tiranía de los barones alemanes se refugiaban en las ciudades libres, donde formaban una clase independiente del sistema feudal; pero no teniendo siquiera esta clase relaciones con el jefe del imperio, y en su consecuencia abandonada á sí misma sin intereses comunes, no adquirió la unidad y fuerza á las cuales el tercer Estado debió en Francia convertirse en una orden; la Germania no formó jamás una nación, ni el imperio un Estado, no habiendo llegado nadie á imponerles una vida y un pensamiento común.

Enrique V, que bajo el pretexto de excomunión, se había rebelado contra su padre, y había sido un terrible instrumento del castigo impuesto á las faltas de aquel príncipe, debió, cuando se encontró rey, continuar la guerra contra los feudatarios; pero el éxito de las armas no lo fué más favorable en Alemania que en Polonia y en Hungría, donde quiso sostener las pretensiones imperiales. En seguida, después de haber fingido por ambición una extremada docilidad con respecto á la Santa Sede, dió principio de nuevo la lucha con él, reservándose, como por lo pasado, el derecho de dar la investidura á los prelados, y exigir de ellos el homenaje de servidumbre.

Deseando Pascual II terminar amigablemente esta escandalosa disputa (1099), se dispuso á acudir él mismo á Alemania, pero informado de la obstinación de Enrique, se dirigió hácia la Francia (1107), y convocó en Troyes un concilio, en el cual las investiduras legítimas fueron puestas en entredicho de nuevo. Los embajadores de Enrique declararon que un soberano no consentiría jamás que una cuestión de tal importancia fuera tratada en un territorio extranjero, y que el emperador se dirigiría á Roma.